



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 29 de septiembre de 2004

Las nupcias del Rey

1. "Recito mis versos a un rey". Estas palabras, con las que se abre el salmo 44, orientan al lector sobre el carácter fundamental de este himno. El escriba de corte que lo compuso nos revela enseguida que se trata de un carmen en honor del soberano israelita. Más aún, recorriendo los versículos de la composición, nos damos cuenta de estar en presencia de un epitalamio, o sea, de un cántico nupcial.

Los estudiosos se han esforzado por identificar las coordenadas históricas del salmo basándose en algunos indicios —como la relación de la reina con la ciudad fenicia de Tiro (cf. v. 13)—, pero sin llegar a una identificación precisa de la pareja real. Es relevante que en la escena haya un rey israelita, porque esto ha permitido a la tradición judía transformar el texto en canto al rey Mesías, y a la tradición cristiana releer el salmo en clave cristológica y, por la presencia de la reina, también en perspectiva mariológica.

2. La *liturgia de las Vísperas* nos propone usar este salmo como oración, articulándolo en dos momentos. Ahora hemos escuchado la primera parte (cf. vv. 2-10), que, después de la introducción ya evocada por el escriba autor del texto (cf. v. 2), presenta un espléndido retrato del soberano que está a punto de celebrar su boda.

Por eso, el judaísmo ha reconocido en el salmo 44 un canto nupcial, que exalta la belleza y la intensidad del don de amor entre los cónyuges. En particular, la mujer puede repetir con el *Cantar de los cantares*: "Mi amado es para mí, y yo soy para mi amado" (Ct 2, 16). "Yo soy para mi amado y mi amado es para mí" (Ct 6, 3).

3. El perfil del esposo real está trazado de modo solemne, con el recurso a todo el aparato de una escena de corte. Lleva las insignias militares (*Sal* 44, 4-6), a las que se añaden suntuosos vestidos perfumados, mientras en el fondo brillan los palacios revestidos de marfil, con sus salas grandiosas en las que suena música (cf. vv. 9-10). En el centro se encuentra el trono, y se menciona el cetro, dos signos del poder y de la investidura real (cf. vv. 7-8).

Al llegar aquí, quisiéramos subrayar dos elementos. Ante todo, la belleza del esposo, signo de un esplendor interior y de la bendición divina: "Eres el más bello de los hombres" (v. 3).

Precisamente apoyándose en este versículo la tradición cristiana representó a Cristo con forma de hombre perfecto y fascinante. En un mundo caracterizado a menudo por la fealdad y la descortesía, esta imagen es una invitación a reencontrar la *via pulchritudinis* en la fe, en la teología y en la vida social para ascender a la belleza divina.

4. Sin embargo, la belleza no es un fin en sí misma. La segunda nota que quisiéramos proponer se refiere precisamente al encuentro entre la belleza y la justicia. En efecto, el soberano "cabalga victorioso por la verdad y la justicia" (v. 5); "ama la justicia y odia la impiedad" (v. 8), y su cetro es "cetro de rectitud" (v. 7). La belleza debe conjugarse con la bondad y la santidad de vida, de modo que haga resplandecer en el mundo el rostro luminoso de Dios bueno, admirable y justo.

En el versículo 7, según los estudiosos, el apelativo "Dios" podría dirigirse al rey mismo, porque, habiendo sido consagrado por el Señor, pertenecería en cierto modo al ámbito divino: "Tu trono, oh Dios, permanece para siempre". O podría ser una invocación al único rey supremo, el Señor, que se inclina sobre el rey Mesías. Ciertamente, la *carta a los Hebreos*, aplicando el salmo a Cristo, no duda en reconocer la divinidad plena, y no meramente simbólica, al Hijo que entró en su gloria (cf. *Hb* 1, 8-9).

5. Siguiendo esta lectura cristológica, concluimos remitiéndonos a los Padres de la Iglesia, que atribuyen a cada versículo ulteriores valores espirituales. Así, sobre la frase del salmo en la que se dice que "el Señor bendice eternamente" al rey Mesías (cf. *Sal* 44, 3), san Juan Crisóstomo elaboró esta aplicación cristológica: "El primer Adán fue colmado de una grandísima maldición; el segundo, en cambio, de larga bendición. Aquel había oído: "Maldito en tus obras" (*Gn* 3, 17), y de nuevo: "Maldito quien haga el trabajo del Señor con dejadez" (*Jr* 48, 10), y "Maldito quien no mantenga las palabras de esta Ley" (*Dt* 27, 26) y "Maldito el que cuelga de un árbol" (*Dt* 21, 23). ¿Ves cuántas maldiciones? De todas estas maldiciones te ha liberado Cristo, haciéndose maldición (cf. *Ga* 3, 13): en efecto, así como se humilló para elevarte y murió para hacerte inmortal, así también se ha convertido en maldición para colmarto de bendición. ¿Qué puedes comparar con esta bendición, cuando por medio de una maldición te concede una bendición? En efecto, él no tenía necesidad de bendición, pero te la dona a ti" (*Expositio in Psalmum XLIV*, 4: *PG* 55, 188-189).

Saludos

Saludo con afecto a los peregrinos y familias de lengua española. En especial al grupo de la Hermandad del Rocío, de Madrid, al grupo de fieles de Panamá y a los profesores y alumnos de bachillerato, de Salta (Argentina). Deseo a todos una feliz permanencia en Roma, creciendo en la fe que testimoniaron los Apóstoles. Muy agradecido por vuestra atención. Hasta otra vez.

(En polaco)

De corazón doy la bienvenida a mis compatriotas. Saludo a los presbíteros de la diócesis de Kielce que celebran el 25° aniversario de sacerdocio. Dirijo mi bienvenida a los enfermos, a los inválidos y al personal de las Obras hospitalarias. Saludo de modo particular a los participantes en la peregrinación de "Solidaridad". Este movimiento, que nació en tierra polaca, abrió las puertas de la libertad a muchos países de Europa. Me alegro porque el espíritu de "Solidaridad" sigue uniendo a muchas personas en nuestra patria. ¡Ojalá que este sano espíritu penetre también en la Europa unida! Bendigo a todos de corazón. ¡Que Dios os sea propicio!.

(Al coro de exiliados lituanos)

Doy las gracias al Señor, junto con vosotros, por el valiente testimonio cristiano que habéis dado en el tiempo de la prueba. Ojalá que vuestra presencia orante en la ciudad de los Apóstoles y de los mártires fortifique vuestra fe, esperanza y caridad. Os acompaño con la oración y os imparto gustoso mi bendición.

(A los peregrinos de Bohemia meridional)

Ayer la Iglesia checa ha festejado a su patrono, san Venceslao. No estaba apegado a sus orígenes nobles de esta tierra, sino a los celestiales, adquiridos en el bautismo. Permaneced fieles a su herencia espiritual.